



HAL
open science

El mito de Antígona en La voluntad del molle (2006) de Karina Pacheco. Posibilidades de justicia transicional en la novela peruana actual

Mónica Cárdenas Moreno

► To cite this version:

Mónica Cárdenas Moreno. El mito de Antígona en La voluntad del molle (2006) de Karina Pacheco. Posibilidades de justicia transicional en la novela peruana actual. Gustavo FORERO QUINTERO. Justicia y paz en la novela de crímenes, Siglo del Hombre Editores, 2018, 978-958-665-533-0. hal-01694323

HAL Id: hal-01694323

<https://hal.science/hal-01694323v1>

Submitted on 16 Aug 2021

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

El mito de Antígona en *La voluntad del molle* (2006) de Karina Pacheco. Posibilidades de justicia transicional en la novela peruana actual

Mónica Cárdenas Moreno
Université de Bretagne-Sud

***La voluntad del molle* en el canon peruano**

“Un hijo. Qué palabra tan corta” (253), dice Elena, la narradora de *La voluntad del molle*, y es cierto que la historia que reconstruye se desencadena trágicamente tras de la pérdida de un hijo. Su hermano mayor es arrebatado de los brazos de su madre a los días de nacido por voluntad de los abuelos y estos harán como si nunca hubiese existido. Desde que Elena descubre el pasado secreto de su madre, su objetivo será armar por pedazos la vida -llena de dolorosas experiencias- de su hermano desaparecido y así honrar su memoria. No es difícil reconocer en la conducta de Elena la ética de Antígona que se enfrentará a la ley de los abuelos quienes reproducen el racismo supérstite en la sociedad peruana desde la época colonial. En la novela, el racismo se encuentra en la base del conflicto fratricida que segrega de la comunidad a la parte mestiza e indígena y, de manera mucho más concreta, aparece como una de las causas de la violencia que vivió el país entre 1980 y 2000, que hoy conocemos como conflicto armado interno¹.

La voluntad del molle, novela de la escritora cusqueña Karina Pacheco Medrano (1969) fue originalmente publicada en 2006 por la Editorial San Marcos (Lima) y lamentablemente no tuvo la difusión que merecieron otras novelas que aparecieron durante esos años y que también abordaron el tema de la violencia política en el Perú. Recordemos que Alonso Cueto publica *La hora azul* en 2005 (premio Herralde), Santiago Roncagliolo *Abril rojo* en 2006

¹ De acuerdo con el Informe de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (I-CVR) publicado en 2003 y en cuyo prefacio se señala: “De cada cuatro víctimas, tres fueron campesinos o campesinas cuya lengua materna era el quechua. Se trata, como saben los peruanos, de un sector de la población históricamente ignorado por el Estado y por la sociedad urbana, aquella que sí disfruta de los beneficios de nuestra comunidad política. La Comisión no ha encontrado bases para afirmar, como alguna vez se ha hecho, que éste fue un conflicto étnico. Pero sí tiene fundamento para aseverar que estas dos décadas de destrucción y muerte no habrían sido posibles sin el profundo desprecio a la población más desposeída del país, evidenciado por miembros del PCP-Sendero Luminoso y agentes del Estado por igual, ese desprecio que se encuentra entretejido en cada omento de la vida cotidiana de los peruanos” (I-CVR, 2003, 13- 14).

(Premio Alfaguara) e Iván Thays *Un lugar llamado Oreja de Perro* en 2008 (finalista del Premio Herralde y publicada por Anagrama). Estas novelas comparten no solamente la misma temática, sino que gozan de una amplia difusión gracias a las editoriales españolas que las respaldan; por lo que se incorporaron de inmediato al canon de las ficciones sobre la violencia y han sido hasta el día de hoy materia de numerosos estudios², e incluso, *La hora azul* ha sido llevada al cine en 2016³. Tanto el proceso de creación como el de análisis desde la sociología e historia acerca de la guerra interna que enfrentó al ejército peruano y al grupo subversivo Sendero Luminoso, se vieron alentados con la presentación del Informe de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (I-CVR) en 2003⁴. La publicidad y accesibilidad del informe sirven de fuente para investigadores y ciudadanos en general y de esta manera los años posteriores se ha podido conocer con relativo detalle aquello que se vivió demasiado rápido, con horror y que en su tiempo fue ignorado o maquillado por los medios de comunicación manipulados por el gobierno de Alberto Fujimori (1990- 2001). Hay que tomar en cuenta que la Guerra tuvo su inicio y núcleo de desarrollo en el departamento de Ayacucho, ubicado en la sierra sur del Perú, y por lo tanto afectó principalmente a la población campesina quechuahablante alejada del centro de poder desde el cual se gobierna el país, pero también donde residen las elites que construyen los discursos predominantes de saber y las ficciones más prestigiosas⁵. Desde luego fue importante la cantidad y calidad de poemas y relatos que desde miradas mucho más comprometidas con las víctimas del conflicto se producen, pero este material escapa a las pretensiones del presente trabajo⁶.

Las historias que se narran en las novelas citadas se ubican en la década del 2000, es decir, en el periodo de transición democrática y develamiento de los horrores y consecuencias del conflicto. En todas ellas se narra el proceso de reconstrucción del pasado violento y para ello los protagonistas se trasladan desde Lima a Ayacucho. En *Abril rojo* es un fiscal; en *Un lugar llamado Oreja de Perro*, un periodista; y en *La hora azul* un abogado. En este viaje, todos

² Mark Cox en su artículo “Describiendo lo ajeno: narrativa criolla sobre la guerra interna en Ayacucho” hace un balance de este fenómeno editorial que vive la literatura de la violencia dentro lo que él llama la narrativa criolla (producida en Lima) que tendría una mirada mucho más extraña y una visión individualista respecto a la narrativa andina. Sin embargo, entre los autores andinos no toma en cuenta a Karina Pacheco.

³ Opera prima de la cineasta peruana Evelynne Pegot-Ogier

⁴ Presentado el 28 de agosto de 2003 por su presidente, Salomón Lerner Febres, en el Congreso de la República. La Comisión fue creada en 2001 durante el gobierno transitorio de Valentín Paniagua y su informe entregado al Presidente de la República Alejandro Toledo. En estos años se vive una transición democrática tras el oncenio de Alberto Fujimori.

⁵ Uno de los ejemplos más representativos de ficción prestigiosa por su difusión e impacto en la crítica literaria es la novela *Lituma en los Andes* (1993), de Mario Vargas Llosa, escrita desde una mirada externa al de las principales víctimas del conflicto.

⁶ Ver, por ejemplo, la publicación de Paolo de Lima, *Poesía y guerra interna en el Perú (1980- 1992)*.

ellos se reencuentran con parte de su historia personal. En *la voluntad del molle*, en cambio, desaparece el desplazamiento geográfico Lima- Ayacucho (ciudad- campo; capital- provincia), la historia se desarrolla en la provincia de Cusco, sobre todo en la ciudad andina del mismo nombre, desde donde la protagonista se traslada -sólo en una ocasión al pueblo de Calca-, en el Valle Sagrado de los Incas en busca de información sobre su hermano. En la novela de Pacheco el desplazamiento más importante es temporal: su viaje hacia el pasado está motivado por circunstancias similares a las que conocemos en *La hora azul*: una hija de clase media alta (un hijo en la novela de Alonso Cueto) se entera, tras el fallecimiento de su madre, que ésta había ocultado una segunda vida. La madre de Elena mantuvo en silencio no solamente la existencia de su amante, Alejandro, sino la del hijo que tuvo con él y que tras mucho esfuerzo logró encontrar. Construyó su vida entre el deseo por recuperarlo y el miedo por trasgredir las normas que le imponía su vida “oficial” de ama de casa de una familia de clase media alta.

Gracias a la edición conmemorativa por los diez años de *La voluntad del molle* del Fondo de Cultura Económica en 2016, la novela está teniendo nuevas lecturas y quienes la descubrimos nos damos cuenta de que no solo viene a sumar en la lista de novelas que construyen una visión del conflicto desde fuera, sino que, a pesar de las similitudes con las ficciones canónicas, propone por lo menos tres elementos diferentes. En primer lugar, amplía la noción de víctima de la guerra no sólo a la población que se encontró entre los dos fuegos del conflicto, sino a aquella que se vio seducida por el discurso revolucionario ya que brindaba formas de venganza frente a la violencia inherente a una sociedad desigual. Luego, la narradora se identifica con estas otras víctimas no sólo en tanto familiar, sino como ciudadana y, en este sentido, busca una justicia alternativa a la estatal: la restitución de la identidad. Finalmente, convoca a un coro de voces femeninas marginadas gracias al cual se da vida al árbol de la memoria (el molle) que da título al libro. Esta perspectiva de género nos sugiere una breve comparación con la novela breve *La sangre de la aurora* (2013) de Claudia Salazar. Ambas dan voz a un abanico de mujeres víctimas del conflicto armado: jóvenes profesionales, campesinas, maestras de escuela, etc.; sin embargo, en *La voluntad del molle* el desarrollo de la trama es mucho más amplio y no sólo deja “oír” el dolor y la protesta de las víctimas como en la novela de Salazar, sino que explora en la raíz de su marginalidad.

La concepción integral de la justicia transicional que adopta la Comisión de la Verdad en el Perú (Burt) comprende tres elementos: la búsqueda de la verdad, el establecimiento de procesos penales individuales y la reparación a las víctimas. Ante la inacción del gobierno por

continuar con juicios eficaces luego de la histórica condena de Alberto Fujimori en 2009⁷, y los lentos avances del sistema de reparaciones⁸, el arte apuesta por acercarse simbólicamente a la verdad no sólo para llenar el vacío que deja el Estado, sino también para incidir en la forma en que la población civil comprende el pasado. Sobre este aspecto, Víctor Vich afirma que: “... la sociedad peruana ha hablado mucho pero ha discutido poco” (12) y que, por lo tanto, existe “una resistencia a enfrentarse con la dimensión más salvaje de la verdad” (12). Si tomamos en cuenta la política de los gobiernos que siguieron a la transición democrática, la norma ha sido difundir la idea de un país que mira hacia el futuro cerrando las posibilidades de reflexión sobre el pasado: “Para buena parte de la población, el pasado “ya ha pasado” y no vale la pena seguir hurgando en él. Los medios de comunicación y los sectores más conservadores insisten en desprestigiar al Informe final – sin haberlo leído- y sostienen que solo un discurso abocado en el futuro (en la promesa de la globalización capitalista) puede conciliar a todos los peruanos.” (Vich, 2015, 13). La novela de Karina Pacheco nos recuerda la tarea pendiente de búsqueda de la verdad.

La voluntad del molle es la primera novela de una de las escritoras más prolíficas en la literatura peruana actual. Karina Pacheco ha publicado en los siguientes años *No olvides nuestros nombres* (San Marcos, 2009), *La sangre, el polvo, la nieve* (San Marcos, 2010), *Cabeza y orquídeas* (Borradores Editores, 2012), *El bosque de tu nombre* (Ceques Editores, 2013), *Miradas* y está a punto de presentarse su más reciente creación *Las orillas del aire* (Alfaguara, 2017). También ha publicado los libros de cuentos *Alma alga* (Borradores Editores, 2010), *El sendero de los rayos* (Ceques Editores, 2013), y *Antología de cuentos* (Gobierno Regional del Cusco, 2015).

La historia y la propuesta de una Antígona andina

La historia nos sitúa en la ciudad del Cuzco aproximadamente en el año 2004, es decir, hacia finales del gobierno de Alejandro Toledo (2001- 2006). La narradora protagonista, Elena, es una antropóloga de 30 años y vive junto con su hermana Elisa, abogada, dos años menor que

⁷ En abril de 2009, la Corte Suprema del Perú condena a Alberto Fujimori a 25 años de prisión por delitos de lesa humanidad tras haberse investigado los crímenes cometidos por parte de organizaciones militares y paramilitares comandadas por el gobierno en Barrios Altos (1991) y en la Universidad Enrique Guzmán y Valle, La Cantuta (1992). Este hecho es un referente para la justicia transicional peruana y de la región, pero lamentablemente se ha convertido más bien en una excepción, que en una garantía de justicia plena en casos similares.

⁸ Entre las principales críticas al Consejo de Reparaciones, dependencia del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos, que tiene a su cargo la administración del Registro Único de Víctimas, se encuentran: los bajos montos, las modalidades de reparto, el cierre de inscripciones, la insuficiencia de presupuesto, etc. (Huerta)

ella. Ambas ocupan la casa paterna, ahora mucho más que nunca, plagada de recuerdos tras la muerte de su madre como consecuencia de un infarto. El padre había muerto años antes a causa de un accidente en las montañas (al final de la novela se sabrá que el accidente fue provocado por su esposa). Las dos hermanas se encuentran en relaciones sentimentales que no tardarán en destruirse conforme vayan descubriendo más de su propio pasado familiar.

Ambas viven parte de su infancia y adolescencia en medio del conflicto armado, sin embargo, la protección de su familia y su posición socioeconómica privilegiada las mantuvo al margen de los horrores de la guerra. Dice Elena al respecto: “Aquella había sido la época final de mi adolescencia, la más intensa en cuanto a fiestas, discotecas, salidas con los amigos; una época en la que ni una sola vez me volqué a ninguna acción o manifestación a favor de la paz ni de apoyo a las víctimas, si bien tampoco recuerdo que llegara a mis oídos convocatoria alguna para clamar contra el horror que se cebaba sobre todo contra las comunidades indígenas que habían quedado atrapadas en ese infierno [...] Muy pocos se atrevían a protestar por víctimas ajenas. Yo no fui una excepción. ¿Era por miedo? ¿O era, sobre todo, por indiferencia?” (159). La narradora confiesa la percepción de la guerra de toda una generación que creció en las ciudades con las balas y explosiones como telón de fondo: “Los tiros en la nuca, el estallido de coches bomba, la continua aparición de fosas comunes, las voladuras de torres de alta tensión y los consecuentes apagones durante mi adolescencia se convirtieron en parte casi natural del paisaje nacional. No llegamos a perder la sensibilidad ante matanzas particularmente feroces como las de Lucanamarca, Aranzhuay o Tarata, perpetradas por Sendero Luminoso; o las de Cayara, Chumbivilcas o Barrios Altos, por las Fuerzas Armadas; o el abatimiento a tiros de profesores y estudiantes dentro de nuestra misma universidad, pero intentábamos mirar a otro lado, creyendo que eso era imprescindible si pretendíamos mantener una vida buena” (223). Para esta generación la guerra se había naturalizado de tal manera que no se solía cuestionar sus orígenes, habían crecido con la palabra terrorismo monopolizando todos los medios de comunicación. En estas circunstancias, hace falta que dicha violencia ingrese a la esfera personal para que todo este pasado se vuelque en la memoria con su verdadero horror.

Conforme van descubriendo el pasado de su madre: ésta se enamoró de Alejandro Ramírez Carhuarupay, su profesor de historia en un colegio privado de monjas del Cusco, con quien huye a Puno para escapar de la prohibición de sus padres quienes creían que Alejandro no merecía el amor de su hija por no pertenecer a una familia adinerada y sobre todo por tener un apellido indígena. La familia encuentra a la hija, pero ella está embarazada, por lo que la

encierran en casa para que nadie más se entere de su estado, mientras tanto el padre compra a la justicia y logra que Alejandro sea encarcelado por un falso delito de violación. Al nacer el niño, Javier, los padres se lo arrebatan a la madre y lo entregan, a cambio de dinero, a unos campesinos muy pobres y borrachos que maltrataban ya a los varios hijos que tenían. Se trataba de los padres de una de las empleadas domésticas (Otilia) de la familia que había llegado a servir a los doce años. La abuela Gema es quien toma las decisiones en la casa, ella le comunica a su hija que el bebé ha muerto, más tarde, ante la insistencia y angustia de la madre le dice que ha sido dado en adopción a una familia extranjera, pero finalmente Elena logra averiguar su verdadero paradero. Lamentablemente para ese momento, ella ya está casada, tiene a una pequeña en sus brazos y está embarazada de su segunda hija lo que hace materialmente imposible que pueda salir en busca del menor. Durante todo este tiempo, sin embargo, ha logrado mantener contacto epistolar con Alejandro quien se encargará de recuperar al niño al salir de prisión, para entonces Javier tiene seis años, tenía huellas visibles de desnutrición, maltrato físico y casi no habla.

A pesar de que Alejandro hizo todo lo posible por darle amor y educación, el maltrato que había recibido dejó huellas profundas, por lo que tiene que enfrentar un carácter rebelde, continuas fugas, silencios como abismos y nuevos maltratos por parte de sus compañeros en el colegio cusqueño donde es discriminado por los dos apellidos indígenas que porta, los de sus padres adoptivos: Huamán Quispe. Poco tiempo después formará parte de Sendero Luminoso y su padre irá a prisión por intentar ayudarlo. La madre sigue todo esto desde su cárcel dorada, el hogar que ha formado con un hombre de buena familia donde sus hijas crecen sin enterarse de nada. En varias ocasiones intentó reunirse con Javier en casa de la madre de Alejandro, Matilde, pero éste la rechazaba, ella mantuvo el vínculo con la abuela Matilde, la ayudaba económicamente intentando resarcir el daño que su familia le hizo a la suya.

La policía está tras los pasos de Javier, camarada Arnulfo, y éste no tiene más remedio que pedirle ayuda a su madre. Ella lo esconde en el desván de su casa sin el conocimiento de los demás familiares. Cuando su esposo descubre el secreto lo denuncia a la policía y Javier es capturado, torturado y asesinado. Tiempo más tarde y después de muchos trámites, Elena logra recuperar, en Lima, su cadáver seccionado y darle sepultura en Calca, la tierra de Alejandro. El único acto de venganza o justicia lo cumple planeando la muerte de su marido que hace pasar como un accidente.

Toda esta historia se reconstruye a partir de la correspondencia de Alejandro, las fotos y los recortes periodísticos que celosamente guardó Elena en un baúl rojo. Los abuelos aún viven, tienen a su disposición a empleadas domésticas sumisas que guardan en silencio la memoria de todos sus planes y estrategias por aparentar ser una familia poderosa y feliz. Las hermanas Elena y Elisa, a lo largo de su investigación, se separan sentimentalmente de los abuelos, sobre todo de la abuela Gema en quien ven la representación de la injusticia y el autoritarismo que ha gobernado por tanto tiempo al propio país.

En este trabajo emplearé exclusivamente la segunda edición de la novela que no presenta cambios de fondo respecto a la primera edición, pero que nos entrega un prólogo del escritor Fernando Iwasaki y una coda de la propia autora. En el prólogo se alude a la relación de la narradora con su madre fallecida que, como dos Antígonas, se enfrentan contra la autoridad de la abuela Gema: “Incluso la madre Elena me resultaría más convincente como hermana, pues su amor me recuerda al amor de Antígona, que según Lacan era un amor que desafiaba a la familia, a la comunidad, al Estado y a las creencias mismas, porque Antígona nos enseñó que la ausencia de los hermanos son ausencias insustituibles desde el punto de vista psicoanalítico. Por eso Antígona sublimó la muerte de Polinices con un acto que convirtió su drama individual en un alegato social, y así es como Karina Pacheco ha construido a sus Elenas, ambas dos como “hermanas” de Javier” (12). Es cierto que Elena, hija y narradora, cumple la función de una Antígona andina: desde que se entera de la existencia de su hermano Javier intenta resolver el misterio de su existencia ¿Dónde está? ¿Quién es su padre?; y luego al enterarse de su muerte, se ocupará de construir su memoria ¿En qué circunstancias murió? ¿Cómo vivió los últimos días de su vida? ¿Dónde se encuentra su cadáver? ¿Qué razones lo impulsaron a formar parte de Sendero Luminoso?, etc. La madre de la narradora se convierte en una Ismene, ya que siguiendo el argumento de la tragedia de Sófocles, y como lo señala Iwasaki, cumple el rol de hermana temerosa de Antígona, la que no se atrevió a transgredir completamente las leyes sociales ni la ley de sus padres imponiéndose a sí misma una vida de encierro.

Creemos que la labor de la narradora como una Antígona andina funciona como un símbolo de la larga lucha que han emprendido los familiares de desaparecidos en su búsqueda de la verdad y en su reclamo de justicia. No es gratuito tampoco que en la novela se acuda a una pluralidad de voces femeninas, ya que muchas de estas asociaciones estuvieron creadas y están integradas principalmente por mujeres sobrevivientes, entre ellas, cabe destacar la labor

de ANFASEP (Asociación Nacional de Familiares de Secuestrados, Detenidos y Desaparecidos del Perú)⁹ formada en 1983 en Ayacucho.

El conflicto armado en el Perú

El conflicto armado interno que vivió el Perú entre 1980 y 2000 y que enfrentó principalmente a las Fuerzas Armadas contra dos grupos subversivos: Sendero Luminoso y el MRTA produjo alrededor 69 280 víctimas “peruanos y peruanas muertos o desaparecidos a manos de las organizaciones subversivas o por obra de agentes del Estado” (I- CVR, 13). Además, hay que tener en cuenta que “de cada cuatro víctimas, tres fueron campesinos o campesinas cuya lengua materna era el quechua” (I- CVR, 13) un sector de la población históricamente ignorado por el Estado.

Veamos qué pasó en las décadas precedentes para que esto ocurriera. El origen de Sendero Luminoso se encuentra en el Partido Comunista del Perú formado entre 1928 y 1930, inspiración de José Carlos Mariátegui. Esta agrupación se escinde varias veces en 1964, 1965, 1967 y 1970, es este último año cuando se forma el PCP-SL que decide tomar las armas el 17 de mayo de 1980 (ILA). Por otro lado, para comprender el surgimiento de MRTA, hay que recordar que en el Perú se estableció un Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas al mando del general Juan Velasco Alvarado entre 1968 y 1975. Esta singular dictadura de izquierda permitió la organización de movimientos populares, y el desarrollo de distintos partidos de izquierda, pero al mismo tiempo hizo que muchas de las posturas radicales, de estos últimos, se moderen durante la segunda etapa del régimen (1975- 1980), liderada por el general Morales Bermúdez. Principalmente cuando se anuncia la transición democrática: establecimiento de una asamblea constituyente en 1978, la creación de una nueva constitución en 1979 y elecciones generales en 1980. En este proceso participaron muchas organizaciones de izquierda, entre ellas, el MIR-EM (Movimiento de Izquierda Revolucionaria El Militante) y el PSR-ML que se fusionan ese mismo año y el 1 de marzo de 1982 en una asamblea de su comité central, y tras evaluar el contexto internacional que ellos califican de favorable en base a las experiencias revolucionarias centroamericanas así como el contexto nacional, en el que

⁹ Acerca de su fundación: “Varias mujeres valientes, ante todas Angélica Mendoza de Ascarza, Teodosia Cuya Layme y Antonia Zaga Huaña, iniciaron la formación de ANFASEP el 2 de septiembre del año 1983, mientras recrudecía la violencia y el miedo. Las pioneras contaron con el respaldo de la Alcaldesa de Huamanga, Leonor Zamora, y el apoyo jurídico y espiritual del joven abogado Zósimo Roca. Zamora fue asesinada el 21 de diciembre del año 1991 por agentes del Servicio de Inteligencia del Ejército. Roca fue amenazado por agentes del Estado y tenía que abandonar Ayacucho. ANFASEP fue creciendo a medida que se producían nuevas desapariciones. En pocos meses aglutinó a 800 madres, esposas y familiares de secuestrados.” (<http://anfasep.org.pe/anfasep/historia-de-anfasep/>).

destacan el avance de Sendero Luminoso, deciden pasar a la acción bajo la denominación de MRTA (Movimiento Revolucionario Túpac Amaru).

Estos dos grupos subversivos, Sendero Luminoso y el MRTA, no actuaron juntos. El MRTA acusaba a Sendero Luminoso de dogmáticos, sectarios, de aplicar una ideología maoísta exótica y pedante, de caer en el culto a la personalidad con la defensa del Pensamiento del camarada Gonzalo. Por su parte, Sendero Luminoso, hacia 1987, acusa al MRTA de ser el brazo armado de la Izquierda Unida.

De las 69 280 víctimas, la CVR responsabiliza a SL del 46%, en sus prácticas se incluye el asesinato de autoridades locales y de líderes de organizaciones civiles: dirigentes campesinos, comunales, sindicales, barriales, etc.; así como las masacres colectivas en represalia por no someterse a la voluntad del “Partido”. El 30% de la cifra indicada se atribuye a la responsabilidad de los agentes del Estado, y el 24% a otros agentes como las rondas campesinas, los comités de autodefensa, el MRTA y los grupos paramilitares. De estas 69 280 víctimas, 26 259 fueron pobladores del departamento de Ayacucho.

La particularidad del caso peruano radica en que el conflicto puso en evidencia contradicciones de origen político, étnico y social, irresueltos en la fundación de la República que se reproducen desde la época colonial, de manera que la mayor parte de las víctimas no tuvo iniciativa ni representatividad en lo que, para los grupos subversivos, era el proceso revolucionario de camino a la toma de poder y a la transformación de la sociedad. Los militantes surgieron principalmente de núcleos reducidos de las universidades de provincia y, posteriormente, de Lima fuertemente ideologizados. En el balance que se empieza a hacer a partir de 2001, se enjuicia también a la literatura y las artes por su escaso interés en el tema y por la poca capacidad de representación de la complejidad del conflicto despertando antiguos fantasmas contra el indigenismo y neo indigenismo¹⁰. Como ya hemos indicado, la presentación del I-CVR en 2003 ayudó a sacar a la luz el drama que parte de la población había vivido y permitió producir discursos que intentaran indagar, comprender, develar nuevos episodios de estas sangrientas décadas.

¹⁰ Dentro de la polémica acerca de la capacidad de la literatura de representar la realidad social, la historia de la literatura peruana guarda un hecho clave: el 23 de junio de 1965 se lleva a cabo una serie de mesas redondas sobre la relación de la literatura y las ciencias sociales organizadas por el IEP (Instituto de Estudios Peruanos) donde se lleva a “juicio” la obra del escritor indigenista más importante: José María Arguedas. El balance que realizan los intelectuales es negativo: su novela más ambiciosa *Todas las sangres* no reflejaba la realidad de entonces.

A continuación, abordaremos dos aspectos de la novela: primero, la función de la narradora como una Antígona andina y el llamado que esta hace en su combate a un coro de voces femeninas, testimonio de una larga historia de marginación de la mujer en el Perú. En segundo lugar, nos ocuparemos de la metáfora encerrada en el título: el molle como restitución del cuerpo descuartizado, es decir como metáfora de la escritura de la violencia y con ella de la búsqueda de la verdad en un contexto de transición democrática y, por lo tanto, de reclamo de justicia contra los diversos tipos de violencia ejercidos durante la guerra.

Elena, Antígona andina

La oposición de esta Antígona andina al racismo de sus abuelos se convierte poco a poco en una oposición al racismo incrustado en la sociedad peruana y en un rechazo del Estado que tolera esta segregación dentro del país haciendo de la multiculturalidad y el plurilingüismo un foco de conflicto¹¹. La lucha de Antígona y el sacrificio de su vida por la defensa de la memoria de su hermano Polínices cuyo cadáver quiere enterrar y honrar contra la disposición del tirano Creonte se ha utilizado como símbolo de la recuperación de la memoria histórica en distintas latitudes donde se continúa este combate contra una justicia reticente a investigar las desapariciones ocurridas en tiempos de guerra.

En Perú, el poeta José Watanabe escribió una versión libre de la tragedia de Sófocles en 1999 que el grupo de teatro Yuyachkani¹² puso en escena en 2000. El éxito de esta pieza coincide con la indignación de la población frente a la situación política que se vivía: la segunda reelección de Alberto Fujimori (quien gobierna desde 1990 y dictatorialmente desde 1992 tras

¹¹ Gonzalo Portocarrero hace un análisis histórico del racismo en el Perú: “Lo desafiante del caso peruano, como en general de toda América Latina, es la coexistencia de racismo y mestizaje. Es decir, aquí la mezcla no fue descartada sino que desde abajo fue significada como un camino de avance social, de logro de reconocimiento. Y, desde arriba, no fue totalmente impedida sino que fue valorada como la posibilidad de una ventaja económica. Digamos que la unión entre un blanco pobre y la hija de un rico cacique era ideal pues convenía a ambas partes. Pero en todo caso, aún cuando el mestizaje pudo haber resultado de la violencia, lo importante es que el vástago no era satanizado ni desconocido. Por el contrario, se afirma la idea de que el mestizo es mejor que su progenitora indígena aunque no tan valioso como su padre, criollo o español”

¹² Yuyachkani, palabra quechua que significa “estoy pensando”, “estoy recordando” es uno de los grupos teatrales y culturales más importantes en el Perú y Latinoamérica. Se creó en 1971 y su trabajo se caracteriza por la innovación escénica así como por el estudio de tradiciones y manifestaciones populares de distintos lugares del Perú. Su temática está directamente relacionada con la problemática social del país. Expresan de esta manera su propósito: “En el campo social ha orientado su acción en torno a un objetivo principal: contribuir al desarrollo y fortalecimiento de la memoria ciudadana para propiciar una vida con derechos y oportunidades para todos. Con énfasis sobre la memoria y su constante mantenimiento, revalorización y revisión.” <http://www.yuyachkani.org/doc/yuyachkani-nosotros.pdf>. En 2000 presentaron el unipersonal Antígona basado en el texto de José Watanabe y puesto en escena por una de sus principales actrices, Teresa Ralli. Ese mismo año, la obra fue representada en distintos festivales en España, Estados Unidos, Colombia, Brasil y Puerto Rico.

el autogolpe que lideró con la ayuda de las Fuerzas Armadas) es fuertemente cuestionada por las denuncias de fraude. Tras ello, en el mes de septiembre sale a la luz un vídeo en que el asesor presidencial, Vladimiro Montesinos, entrega dinero en el local del Servicio de Inteligencia Nacional (SIN) a un congresista de la oposición. Acorralado por la indignación popular, las protestas estudiantiles que se sucedían desde algunos años atrás y las denuncias de atentados contra los derechos humanos como parte de su política de “pacificación nacional”, en el mes de noviembre Fujimori abandona el país, apela a su nacionalidad japonesa y se refugia en Tokio desde donde envía su renuncia a través de un fax.

El texto de Watanabe convierte la tragedia de Sófocles en un unipersonal interpretado por una narradora quien cede la voz a los otros personajes: Antígona, Creonte, Tiresías, un guardia y Hemón. Al final descubrimos que la narradora está también involucrada en la historia, se trata de Ismene, la hermana de Antígona que no quiso acompañar a ésta en su proyecto de honrar el cuerpo de su hermano quien, dicho sea de paso, había muerto en una guerra fratricida contra Eteocles por el trono de Tebas: “Yo soy la hermana que fue maniatada por el miedo” (34) y se confiesa ante su hermana muerta: “Era el miedo, Antígona, porque la muerte sería nuestro pago por enterrarle. Ven, hermana, te rogué, mejor pidamos a los muertos que nos dispensen y que prevalezcan sobre nosotras las órdenes de los poderosos vivos” (35). La culpa invade a Ismene como a Elena madre por sentirse culpable, por no haberse podido imponer a las injustas normas de sus padres, culpable por todo el mal que estas drásticas normas causaron en su hijo Javier y en Alejandro. Así, las palabras de Ismene pueden corresponder con las angustias de Elena madre: “que ya tengo castigo grande: el recordar cada día tu gesto que me tortura y me avergüenza” La culpa acompañó siempre a Elisa madre y esta secuencia llega a su punto culminante cuando finalmente logra ayudar a Javier ocultándolo en el desván de su propia casa cuando lo buscaba la policía. Días más tarde el escondite fue descubierto por su marido quien dio parte a la policía lo que ocasionó la captura, tortura y asesinato de Javier. La impotencia de Elena madre estalla en su acto final de venganza contra su marido a quien logra asesinar sin ser acusada, y tiene además como sistema de catarsis la escritura. Es a través de las cartas que le dirige a Alejandro que tiene realidad la vida paralela que no pudo disfrutar.

En *Antígona* de Watanabe, la cercanía afectiva entre la narradora y la heroína (como ocurre en la novela de Karina Pacheco entre la narradora Elena y su madre que lleva el mismo nombre), nos acerca a las angustias del personaje: “¿Qué cosas arden en tu corazón, Antígona? ¿Adónde vuela tu resentimiento, muchacha?” (6). Esta cercanía se convierte en sororidad ya que adquiere la conciencia de la sumisión de las mujeres a las reglas sociales y, por lo tanto,

de su doble condición de subalternidad: “Los dioses te hicieron nacer hembra, Antígona. Poco puedes hacer sino obedecer las leyes, así caigan sobre los muertos como sobre los que vivimos todavía” (7).

Desde que Elena descubre el baúl rojo de su madre donde encuentra fotografías, cartas y recortes periodísticos, descubrir la verdad sobre su pasado se convierte en un interés creciente y una vez descubierta la identidad de Alejandro y Javier la búsqueda de noticias sobre ellos y su rescate del olvido se convertirá en un imperativo como lo fue para Antígona el deber de enterrar a su hermano: “¿Cómo entrar danzando y cantando en los templos si en la colina más dura hay un cuerpo sin enterramiento? (6). Elena, la narradora, reconoce que durante su juventud la guerra pasaba casi desapercibida para ella que gozaba de la protección y de las comodidades de una familia con suficientes recursos como para asegurarle diversión sin peligro, pero tras su contacto con ese otro país que hasta el momento veía sin ver, también todo el horror de los años de la violencia cae sobre ella: “¿Cómo brindar, borrando de mis ojos lo que no ven pero que ciertamente es? (7). Nace en ella un imperativo ético, es decir, una deber al que no puede renunciar sin renunciar a sí misma. El imperativo de Antígona por rendir los ritos fúnebres a su hermano se ha convertido en una metáfora de la memoria, de esta manera su acto tiene importancia en el ámbito privado, pero también tiene trascendencia en el espacio público en la medida que forma parte de lo que hoy llamamos derechos humanos¹³ y que en la Antigüedad se entendía como las leyes de los dioses. La verdad que busca Elena tiene la misma amplitud, su exploración en los abismos de su familia (secretos, mentiras, discriminaciones, maltrato, etc.) reproducen aquellos de la esfera pública: un Estado indiferente que discrimina a través de sus leyes autoritarias, y mediante la arbitrariedad y la colusión del Poder Judicial. Cuando Elena advierte toda esta cadena de injusticias, bien podría hacer suyas las palabras de la Antígona de Watanabe: “Hermano mío, pero ya no pariente mío sino muerto de todos, dime qué debo hacer” (7).

Al igual que el conflicto por la sucesión de la corona de Tebas, la muerte de ambos hermanos y la llegada al poder de Creonte, el tío de las víctimas, la guerra es un conflicto interno, como la que vive el Perú durante dos décadas, pero que pone en evidencia una sociedad fracturada desde mucho tiempo atrás. Es en estas circunstancias que la metáfora familiar se hace más evidente: “Como ves, he preferido cumplir con los dioses y no con tu arrogante capricho. Sucumbir por tal motivo es ganancia, y no me duele. Doleríame, sí, que el hijo de mi misma

¹³ De acuerdo con la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948 adoptado por la Asamblea General de la ONU.

madre quedara insepulto. Tú sígueme llamándolo enemigo” (17, 18). La guerra en el Perú pone en evidencia a un poder político que desde Lima ignoraba los problemas, las miserias de gran parte de la población en las provincias de la sierra del país. Para luchar contra la transformación de la sociedad por la vía de las armas que proponen tanto el MRTA como Sendero Luminoso, el Estado puso en práctica una violencia aún más demencial, sin investigar las verdaderas raíces del conflicto, capturó como sospechosos y culpables a inocentes: campesinos quechuahablantes, dirigentes sindicales, estudiantes universitarios de universidades públicas acrecentando el abismo social y la marginación que ya sufrían. En *La voluntad del molle*, Alejandro es condenado como colaborador de Sendero Luminoso por jueces sin rostro a treinta años de prisión sin haber formado parte de la agrupación sólo por negarse a acoger a su hijo cuando éste lo requería. Tras el conflicto, tampoco ha sido fácil implantar una política de la memoria: juzgar a los verdaderos culpables, recuperar los cadáveres, reconstruir las historias, resarcir a todas las víctimas. A pesar de la creación de la CVR durante el gobierno de transición de Valentín Paniagua y de la entrega del Informe durante el gobierno de Alejandro Toledo la reinstalación en otros poderes del Estado del fujimorismo ha bloqueado el trabajo de reconstrucción “... volviendo a matar al que está matado” (27) como dice Tiresías a Creonte en la tragedia de Sófocles cuando intenta disuadir al gobernante en su decisión de castigar a Antígona.

Una de las principales riquezas en la propuesta de la novela es la acción colectiva que lleva a cabo la narradora en la construcción de memoria. En primer lugar, tiene como cómplice a su hermana Elisa que la acompaña en la mayor parte de sus averiguaciones y toma la iniciativa en otras, pero además en este proceso logran dar voz a la madre que en vida había sido obligada al silencio. En su reconstrucción de la historia, la primera persona con la que entran en contacto es Julia Solís, la compañera de estudios de Elena madre, y quien la ayudó en sus primeros encuentros con Alejandro y posteriormente en el intercambio de correspondencia que mantuvieron. Julia se casó años más tarde con el hermano de Elena: Fernando Suárez y, por lo mismo, sufrió de cerca las estrictas normas de la abuela Gema. Gema la discriminaba a ella y a sus hijos, sus propios nietos, por sus rasgos mulatos.

Cuando las hermanas buscan a Julia y ésta finalmente les confiesa parte de su vida, le dice a Elisa: “Tú nunca podrás entenderme. ¿Y sabes por qué? Porque a ti nunca te han humillado, a lo largo de toda una vida, en el colegio, en la familia de tu marido, e incluso en el trabajo, por el color de tu piel o por la forma de tu boca; no por lo que tú seas, ni por los sentimientos buenos o malos que tengas” (53). Luego se refiere específicamente al matrimonio que dio por

terminado al enterarse de la infidelidad de su marido: “En una sociedad como la nuestra, muchas personas que han pasado por un matrimonio como el mío, sienten que sus parejas más blanquiñosas les han hecho un favor al casarse con ellas, y les aguantan todo...” (53). La abuela Gema logra también manipular el destino de Fernando alentando su separación de Julia y su nuevo matrimonio con una joven de “buena familia”.

Una tarde, Elisa decide ir a Calca y buscar allí a la madre de Alejandro, Matilde Carhaurupay: “Si hallaba a la madre de Alejandro, a la mujer que le había dado la vida, como también un apellido que iba a ser denostado, hasta el sacrificio, si la hallaba a ella y ella me descubría nuevos capítulos perturbadores, mi memoria del valle se abriría a penumbras” (165). La humilde vivienda de esta anciana quechuahablante que invitará a Elisa a pasar la noche le sobrecoge y es allí donde encuentra la confirmación de la injusta marginación que toda su familia sufría. Es en este espacio en el que su inicial rechazo ante las fotos de esos desconocidos se empieza a convertir en empatía e identificación, por lo tanto, su mirada sobre la realidad y sobre ella misma cambian: “Mi mirada, en ese momento, ya no asociaba ese camino con los juegos y el reposo que me aguardaban en la casa de la abuelita Gema cuando era pequeña; ni con las fiestas de carnavales de Urubamba a las que ansiosa acudía de adolescente; ni con las caminatas que hacíamos con papá por las quebradas de Pumahuanca [...]. En ese momento pensaba en Alejandro e intentaba convertir mi mirada en la suya, concederle la posibilidad de ver los paisajes por los que tantas veces habría pasado desde niño” (165). Elena, conmovida por el encuentro se funde en un abrazo con Matilde como si descubriera a un pariente propio: “Ella me acariciaba la cabeza. En ese momento yo hubiera querido detener el tiempo. Sentir las manos de esa anciana sobre mis cabellos me dibujaba el rostro nítido de mi madre, podía sentir que ella nos miraba, aliviando la pesada carga de secretos que había arrastrado sola, durante tantos años. Podría sentirse feliz de que yo, su hija Elena, su Nena, la que llevaba su nombre, no hubiera rechazado aquella mujer, la misma a la que tanta gente en mi familia había despreciado sin piedad” (180). Elena, por lo tanto, ocupa el lugar de Javier muerto, no sólo porque intenta mirar a través de él, sino porque la propia Matilde le otorga este lugar: “El se perdió, sí, se perdió para siempre... Pero ahora tú estás acá” (198). El encuentro entre Elisa y Matilde supone para la anciana enterarse de la muerte de la madre de aquella, de la mujer que le ayudaba a afrontar su soledad, el dolor por la pérdida de su nieto y el encierro de su hijo, por lo que se entiende mejor el vacío que pasa a llenar la joven Elena.

Una de las formas más evidentes de segregación de la cultura andina, es el estigma de su lengua más extendida: el quechua. A pesar de que la ciudad del Cusco es una de las más representativas ciudades de los Andes peruanos por haber sido uno de los principales centros de administración del antiguo Imperio del Tahuantinsuyo, sus clases acomodadas no lo enseñan a las siguientes generaciones, por lo que ni Elena ni Elisa lo conocían y hasta el momento no se habían cuestionado el hecho de no hablarlo ni entenderlo. Recién cuando Elena conoce a Matilde se da cuenta que tiene que pasar por una intérprete para poder comunicar: “En ese momento empecé a palpar los terribles abismos que aíslan a unos ciudadanos de otros en un país como el mío; abismos buscados, porque a mí nunca me atrajo aprender el quechua pese a que mis dos abuelas lo utilizaban con fluidez cuando viajaban al campo y se dirigían a las empleadas [...]. Tuvo que llegar ese momento para que me diera cuenta de qué manera ese desencuentro que yo había elegido me impedía la comunicación con una de las pocas personas, quizá la única, que podría explicarme de dónde venía yo, quién era yo” (173).

La traductora es Matis, sobrina de Matilde, una joven casi adolescente que está embarazada. Su embarazo es involuntario producto de la violencia machista que se practica impunemente. Elena compara su vida con la de Matis: “Tantas cosas tenía, tan libre era yo. Matis había crecido de prestado, vivía de prestado y su hijo nacería también de prestado” (185). Como esta joven, quienes servían en la familia de Elena también habían salido de sus hogares para trabajar en otros a tiempo completo y casi sin salario, solo a cambio de propinas, comida y un pequeño espacio para dormir.

A través de la historia de Matis, se visibiliza mejor las historias de Florinda, que sirve en casa de los abuelos, y de Otilia, que hace lo propio en casa de la tía abuela Charo. Ambas habían llegado a los doce años y en el presente de la historia son mujeres que se acercan a los 50 y que han entregado por completo sus vidas al servicio de los demás anulando la construcción de un proyecto propio. Sus cuerpos sufrían los estragos del trabajo esforzado; sus gestos, el temor y respeto hacia sus patrones, todo ello les había quitado la alegría y la iniciativa. Quizá el único tesoro que conservan es el haber descubierto los secretos de estas familias, y ser la conciencia viva de personas que han construido su estatus social gracias al cuidado de las apariencias. Elena dice al respecto: “Me estremecí al pensar que si los empleados domésticos peruanos se atrevieran a escribir los relatos de vida de las familias a las que han servido, las historias que saldrían podrían ser escalofrantes, terroríficas” (103). Estas dos empleadas domésticas van a ser clave para el descubrimiento de la verdad. Florinda fue quien ayudó en

el primer parto de Elena madre y quien ayudó en el cuidado de Javier durante sus primeros días de vida. Era ella además quien sabía del hijo que el abuelo había tenido fuera del matrimonio. Otilia, por su parte, fue obligada a conducir a la abuela Gema hasta la casa de sus padres en Huanaorco para dejar allí a Javier como su hijo adoptivo a cambio de una mensualidad. Es Elena, gracias a los diálogos que instala, quien logra dar voz a estas mujeres que hasta el momento habían guardado estas historias en secreto de acuerdo con la voluntad de los patriarcas.

Del otro lado, atrapadas en los prejuicios, y en la seguridad que les brindaba su solidez económica, así como cierto prestigio social, se encuentran las hermanas Gema y Charo (soltera y beata). Tenía, cada una, una casa en el centro del Cusco con varios sirvientes a su disposición, además, poseían una casa de descanso en Urubamba. En varios comentarios se deja ver la soltura económica de que goza la familia: “Felizmente en esta casa, pese a tantas crisis por las que ha pasado el país, nunca ha faltado el azúcar” (103). El comentario no deja de tener importancia tomando en cuenta que durante la década del 80 y los primeros años del 90 el país sufre una severa crisis económica que se manifiesta a través de una exorbitante inflación y una severa escasez de productos básicos.

Frente a ellas el poder masculino es ínfimo. Ellos no se atreven a contrariarlas. De igual manera, las parejas de Elena y Elisa son personajes casi inexistentes, espectros que atraviesan sus vidas y de quienes terminan alejándose pronto. Esta poca presencia masculina, por un lado, resalta la figura de las dos víctimas: Alejandro Ramírez y Javier, cierto que tampoco tienen voz, pero son los únicos cuya historia de vida se reclama legítimamente, ya que su desaparición y silencio no han sido voluntarios. La heroicidad de Alejandro se advierte por sus cualidades intelectuales, así se le describe antes de que comenzaran sus desgracias: “Alejandro Ramírez Carhuarupay. Ese es su nombre completo [...]. Fue nuestro profesor de Historia Universal en quinto de media. Era joven. No era guapo, era un hombre atractivo [...]. Un tipo tremendamente interesante” (72). Incluso al final de la novela, cuando Elena y Elisa se entrevistan con él en prisión, su presencia les impresiona: “En ese momento descubrí que tenía una voz potente, profunda, y por ella empecé a encontrarlo menos flaco, menos viejo y menos pálido” (252). Por su parte, a Javier no se le dio siquiera la posibilidad de ser buen estudiante porque su infancia fue saqueada a fuerza de violencia física y desprecio. “Alejandro siempre sonríe ante la cámara, y el otro [Javier] dispara” (31). La ira empozada en la mirada de su hermano se convertirá en Elena en indignación y guiará su investigación: “Las

desdichas de Javier habían sido tantas que quizá ni siquiera llegaba a ser el personaje que puede detenerse a gritar ante el horror. En su mirada se asentó la furia, el desafío” (202).

La indignación de Elena se nutre de esta historia principal sufrida por Alejandro y Javier, pero en el desarrollo de sus acciones construye este coro de voces femeninas que guarda las huellas de la discriminación en el caso de Julia, los crímenes contra su familia en el de Matilde, la violencia física, la falta de libertad y la servidumbre en el de Matis, Florinda y Otilia. Este coro de voces lo completa Elena madre quien, a pesar de sus miedos y de su inmensa culpa, deja las pruebas que permitirán reconstruir su historia, es decir, producir discurso y memoria.

La voluntad del molle o la persistencia de la ficción

Como lo señalamos al inicio de este texto, la justicia transicional en el Perú ha tenido como hito la sentencia contra Fujimori, sin embargo, ello no significa la existencia en la actualidad de un sistema judicial autónomo y eficaz, por el contrario, con la justicia fuertemente politizada y el paulatino afianzamiento en el poder del movimiento fujimorista, el reclamo de justicia se convierte en una lucha constante de la población civil. Marie- Jo Burt realiza un balance de las principales acciones de la justicia transicional en los siguientes términos: “Más allá de proceso judicial contra Fujimori, sólo una mínima cantidad de los casos denunciados han llegado a juicio, y en los últimos años ha habido una cantidad importante de sentencias absolutorias que los defensores de derechos humanos han impugnado al considerar que se basan en dudosos argumentos jurídicos. Los últimos años han visto una serie de campañas nefastas diseñadas para intimidar y desprestigiar a los abogados de derechos humanos, organizaciones no gubernamentales (ONG) y operadores judiciales que intervienen en juicios de derechos humanos, fiscales y jueces de “perseguir” a las fuerzas armadas, politizar la justicia y manipular a víctimas con fines políticos o económicos” (50).

En este sentido, nos interesa mostrar cuál es la propuesta de la novela, la fuerza simbólica que radica en el título y en su metáfora principal en relación con el proceso de búsqueda de la verdad dentro de un contexto de justicia disfuncional.

Si la acción justiciera de la narradora protagonista se asimila a la postura de Antígona respecto a la justicia familiar en contra del poder despótico del gobernante, esta Antígona andina utiliza una metáfora para llevar a cabo su proceso de visibilización, de descubrimiento de la existencia de su hermano: la metáfora del molle. En la coda que la autora agrega en la parte final de la segunda edición de la novela, nos dice: “Desde aquí no logro ver un molle,

pero sé que más cerca o más lejos, nos sigue interpelando con esa voluntad para negarse a emerger donde no le place, así como para elevarse como un mástil de frutos aromáticos y tronco serpenteante incluso en lugares donde nadie lo abona y el agua es escasa porque, sencillamente, esa ha sido su historia” (268). El hermano angustiado y abatido por un pasado que no podía superar encontró refugio en el árbol de molle que su abuela tenía en su patio. El árbol le prodigaba quizá cierta paz, porque pasaba horas contemplándolo. Fue este mismo árbol el que le entrega unidad tras su muerte. Su cuerpo seccionado es enterrado bajo este árbol representativo de los Andes y de esta manera se convierte en su tumba real y simbólica.

El cuerpo descuartizado de Javier corresponde a la forma en que éste ejecuta una de las acciones de Sendero Luminoso y asesina a un grupo de campesinos de la comunidad de Huanaorco. “Algo que los redactores de esta noticia no indicaban, y que probablemente ni siquiera conocieron los sobrevivientes de la matanza, era que los cadáveres que los camaradas Arnulfo y Yolanda habían troceado frente a la atónita mirada de toda la comunidad, y cuyas partes habían dejado colgadas del roble que daba la entrada al pueblo, pertenecían a sus propios padres” (225). En el contexto de la guerra, la mutilación de los cuerpos suele ocurrir en vida como parte de la tortura, pero también tras la muerte como medio de escarmiento o con la finalidad de transmitir un mensaje: se suele cortar la lengua a los “soplones”, por ejemplo. Desde luego, estas prácticas muestran la extrema violencia y un agudo proceso de deshumanización; sin embargo, no podemos dejar de mencionar su relación con uno de los mitos de resistencia más extendidos del mundo andino: Inkarrí. El mito de Inkarrí (Inka Rey) aparece tras la conquista española y narra el enfrentamiento entre España y el Inka Rey, cuando el primero mata al segundo separa su cabeza del resto de su cuerpo y los entierra en lugares alejados para que estos no se vuelvan a juntar y para anular la posibilidad de una resurrección, pero la cabeza y el cuerpo de Inkarrí tienen vida y avanzan muy lentamente hacia su encuentro, cuando éste se produzca, Inkarrí se levantará y derrotará a España y el mundo se volteará nuevamente al revés.

Así como la capacidad de subversión espera el encuentro de la cabeza con el cuerpo, también el duelo y la memoria necesitan del hallazgo del cuerpo, se necesita encontrar a los desaparecidos y encontrar las partes que les faltan a estos cuerpos mutilados. Como señala Julio Ortega en el prólogo de su novela *Adiós Ayacucho*: “Ese cadáver era un hueco en el lenguaje, una muerte sin fin” (Ortega, 2008: 11), y efectivamente, el protagonista en la novela de Ortega es un cadáver que viaja en busca de sus huesos faltantes y de un discurso que narre

su muerte. En estas ficciones, por lo tanto, la impunidad del crimen provoca la repetición del acto vejatorio de la tortura (mutilación) y el asesinato.

En la vida de Javier antes de la mutilación de sus miembros, se había producido una mutilación simbólica separándolo de sus padres a causa del origen indígena del padre. Elisa llega a identificarse con la segregación que sufre Javier a partir de sospechas que atañen a su propio origen. Primero el color de su piel y sus ojos achinados como los de Javier, luego la coincidencia de fechas entre su probable fecha de concepción y un encuentro clandestino entre su madre y Alejandro avivan estas sospechas: “Allí, de nuevo, frente al espejo, me encontré incómodamente semejante al amante de mi madre” (115). Tras ello, se renuevan los tratos diferenciales que vivió en su infancia. Recuerda, por ejemplo, que en la escuela deseaba representar a un ángel, pero que nunca la eligieron para tal personaje y que ante su protesta, una de sus compañeras le grita: “¿Acaso hay ángeles con cara de cholo?- me espetó-. Los angelitos son siempre blanquitos, como yo” (177). Con este recuerdo a flor de piel, el descubrir la historia de discriminaciones que sufrió su hermano será como desenterrar heridas propias.

La vulnerabilidad social de Javier radicaba en los apellidos que llevaba: “Lo maltratarían por eso, también por sus apellidos, y seguro que también porque no tenía mamá ni papá conocido. ¡Qué cosas le habrán hecho pasar en ese colegio!” (190). Javier Huamán Quispe: “Los dos apellidos quechuas más extendidos del Perú los tenía mi hermano. Por lo mismo, eran también los apellidos más mentados en los chistes abundantes sobre indios brutos, torpes, ingenuos, que a lo largo de mi vida había oído en labios de mis amigos. Ninguno de nosotros, por más evidencias andinas que mostraran nuestros rostros, nuestras costumbres, o nuestro mismo acento al hablar en castellano, nos habíamos sentido indios. Incluso asumirnos como mestizos era algo que atragantaba, que producía rubores, escozores [...] Y Javier... A diferencia de su padre, mi hermano no había tenido ningún apellido hispánico al que aferrarse para sobrevivir en el Perú” (196).

Elena madre viaja a Lima para reclamar el cadáver de su hijo, lo hace como representante de Alejandro, su apoderado. Aquí se había iniciado el proceso de restitución, pero la madre lo había hecho de espaldas a su familia, mintiendo sobre las causas de su viaje: “Hacía varios años que mi madre había enterrado a su hijo. Previamente había tenido que pasar por el martirio de quién sabe cuántos trámites engorrosos para exhumar su cadáver de una tumba perdida en algún cementerio de Lima y verlo de nuevo con el cráneo perforado por una bala,

sin rastro alguno del niño que un día reencontró, sin el más leve signo de los sueños con los que muchos años atrás lo concibiera” (204). El traslado hasta Calca y el entierro se habían hecho también discretamente en la casa de la abuela Matilde.

El acto de Elena, hija y hermana, será el de romper su relación con sus abuelos, terminar con su propia relación sentimental es una forma de salir de la vida tradicional que ellos le habían diseñado. Por el contrario, tras el descubrimiento de la verdad, se dedicará a descifrar la metáfora del molle: la persistencia, la unidad a pesar de la ruptura: “Pero la verdad, nuestra verdad, había roto las compuertas el día que abrimos ese baúl, incluso antes, el día mismo en que mamá decidió no destruirlo. Y ahora los torrentes de aguas turbias contenidas durante décadas estaban arrasando cuanta cosecha, animal, árbol, casa o gente encontraran a su paso. Podía ver cómo nosotras, mis padres, mis abuelos, la gente a la que yo más había querido hasta ese día, se veían arrastrados, sumergidos, despedazados” (148). En la parte final de la novela, Elena y Elisa se encuentran en la cárcel con Alejandro y éste les entrega el otro lado de la historia: las cartas de la madre. Tendrán ahora el otro lado de la misma historia, también como una parte del mismo cuerpo que se podrá completar con la lectura y que pasará a formar parte de sus recuerdos.

El descubrimiento de la verdad, la ceremonia del entierro, la escritura, van a ser esenciales en el duelo que Elena y Elisa realizan del pasado familiar que acaban de descubrir, para ello, la novela cierra con su encuentro con Alejandro, la víctima que aún guarda en su recuerdo toda esta verdad pero que por un proceso injusto aún se encuentra en prisión. Alejandro reflexiona acerca de la importancia de la escritura en su larga historia de amor con Elisa: “Anhele que exista un limbo donde algún día podamos recuperar las palabras que se extraviaron por los caminos, o esas que no llegaron a tiempo” (253). También dice refiriéndose a Elena madre: “Ella era la persona más libre y más precisa frente al papel en blanco. Creo que confiaba en las cosas que escribía aún más que en mi buena disposición para escucharla. Por eso nos seguimos carteando tan a menudo, aun cuando ella ya me podía visitar” (255). Para Elena va a ser importante mirar desde el punto de vista de su madre, ingresar en su escritura: “Hubiera querido decirle que no nos las diera, y asegurarle que así nunca las perdería. Pero el deseo por ver la letra de mi madre, por sentir sus palabras, aquellas que tanto acalló, era, pues, bastante más potente” (254).

Como en la mayoría de novelas que representan la violencia el narrador no es el protagonista directo de la guerra, sino quien investiga sobre ellos sobre todo en el pasado, por lo que

siguiendo a Susan Sontag podemos preguntarnos por el lugar de esta mirada, desde dónde se observan los hechos que en su reconstrucción pasan frente a ella como si fueran una película. En esta problemática acerca de la distancia entre quienes sufrieron la guerra y quienes la observan desde fuera a través de distintos mecanismos, se encuentra Elena de camino hacia una comprensión global del problema que va más allá del drama familiar: “Empecé a preguntarme cuántos parientes consanguíneos habían sido desaparecidos, cuántos más habrían vivido existencias bajo las sombras. Que esto ocurriera en la familia modélica que creí haber tenido, me traducía que en la misma ciudad donde había pasado gran parte de mi vida, en el mismo entorno de amigos más cercanos, desde tiempos remotos se emplazaban dos mundos, el de los visibles y el de los invisibilizados” (216).

Conclusiones

La voluntad del molle, a diferencia de otras novelas contemporáneas que representaron episodios de la guerra interna en el Perú, hace esfuerzos por comprender los motivos de fractura social que precedieron a la experiencia trágica del conflicto armado interno y que, lamentablemente, continúan existiendo tras él: el racismo y la segregación de lo andino. Ambos, presentes en el espacio público como privado legitimarán gobiernos autoritarios que acentúen las desigualdades sociales.

Susan Sontag escribió citando a Virginia Woolf “la máquina de matar tiene sexo y es masculino”, estas palabras podrían bien atribuírsele a la narradora de *La voluntad del molle*, ya que en su discurso viabiliza las voces de un amplio abanico de víctimas indirectas de la guerra, mujeres silenciadas y violentadas. En medio de este proceso de duelo eminentemente femenino, los únicos personajes masculinos están ausentes: Alejandro y Javier, el primero en prisión condenado por terrorismo y el segundo muerto. En este sentido, la investigación que lleva a cabo la narradora contribuye no sólo a reconstruir la verdad, como parte de un proceso de justicia post-bélico, sino a valorizar la función de las mujeres en contextos de reconstrucción familiar y nacional.

Es este cuerpo de Javier, maltratado desde niño, luego torturado y asesinado por militares, el que es restituido gracias a los esfuerzos de la madre y al discurso de la hermana. La narradora se reúne simbólicamente con Javier bajo la sombra de un molle que les recuerda su mismo origen y que, por lo tanto, pretende reconciliar a las dos partes de una nación escindida.

Bibliografía

ANFASEP. Para que no se repita. Página web oficial. Consultada el 27 de julio de 2017, <http://anfasep.org.pe/>

Burt, Jo- Marie, “Justicia transicional en el post-conflicto de Perú: avances y retrocesos en la rendición de cuentas por abusos del pasado”. *Aportes DPLF. Revista para la Fundación del debido proceso*. Número 18, año 6, diciembre de 2013, pp. 49- 54.

Comisión de la Verdad y Reconciliación. *Informe final*. Consultado el 9 de julio de 2017. URL: <http://www.cverdad.org.pe/ifinal/index.php>

Cox, Mark R. “Describiendo lo ajeno: narrativa criolla sobre la guerra interna en Ayacucho”, en *Conflicto armado y políticas culturales de la memoria en el Perú*. Ed. Carlos Vargas-Salgado. *Hispanic Issues On Line* (Spring 2016): 33-46.

Fernández García, Eusebio, “La ética de Antígona, las leyes no escritas y el error de Creonte”, *Derechos y libertades: revista de filosofía del derecho y derechos humanos*, enero 2016, N 34, pp. 17-30

Huerta, Gino, “Las reparaciones: cambios y posibilidades”, en: *Ideele. Revista de Defensa Legal*. Lima: N° 215, diciembre 2011.

Lima, de Paolo. *Poesía y guerra interna en el Perú (1980- 1992)*. New York: The Edwin Mellen Press, 2013

Instituto Interamericano de Derechos Humanos. “La reparación: acto jurídico y simbólico”, pp. 274- 318

Melo Mendoza, Doris, *Mito y tragedia en el teatro hispanoamericano y dominicano del siglo XX*, San Juan: University of Puerto Rico, 2012

Pacheco Medrano, Karina, *La voluntad del molle*, Lima: Fondo de Cultura Económica, 2016

Pinkler, Leandro, “El problema de la ley en la Antígona de Sófocles”

Portocarrero, Gonzalo, *Racismo y mestizaje y otros ensayos*. Lima: Congreso de la República del Perú, 2007

Ortega, Julio, *Adiós Ayacucho* [1986], Lima: Editorial San Marcos, 2008

Sontag, Susan, *Ante el dolor de los demás*, Buenos Aires: Alfaguara, 2003

Sourp, Claire, “La hora azul en pos de la memoria traumática del Perú”, *Amerika* [En línea], 3, 2010, publicada el 18 de abril de 2011, consultada el 27 de junio de 2017. URL: <http://amerika.revues.org/1419>

Vich, Víctor, *Poéticas del duelo. Ensayos sobre arte, memoria y violencia política en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2015

Watanabe, José, *Antígona. Versión libre de la tragedia de Sófocles*, Celcit. *Dramática Latinoamericana* 134, 1999

Yuyachkani. Página web oficial. Consultada el 20 de junio de 2017 <http://www.yuyachkani.org/>

